

LA ACTITUD DEL FILÓSOFO

Saúl Karsz

Para estudiar química o psicología no hace falta saber previamente en qué consisten y qué cosas son estas dos ciencias: se entra a un laboratorio, se estudian textos, se hacen pruebas, se verifica, se descubre, se corrige. Esto alcanza para un primer contacto científico. Las ciencias tienen un interior, un cercado dentro del cual se realiza la tarea científica, y el científico sabe perfectamente cuándo está dentro y cuándo está fuera de su ciencia. Por el contrario, no hay un "interior" o un "mundo privado" de la filosofía; ella no es un recinto en el que podamos reconocer a nuestros colegas, porque nuestros colegas, parecen estar constantemente presentes en todas partes y en todos los niveles; pareciera que todo el mundo es un poco filósofo. Los límites estrictos de la filosofía padecen de la misma esencial ambigüedad de la existencia: pareciera que la filosofía no tiene un recinto estrecho y determinado porque ella se identifica de alguna manera con la existencia misma, con lo que solemos llamar "la vida".

Se dice que la palabra filósofo significa: filo, ami-

go; sofós, saber, sabiduría. El filósofo es el amante o el amigo del saber o la sabiduría. ¿Qué es la sabiduría? ¿Se tiene sabiduría cuando se goza de una buena cultura científica, cuando se domina cierto campo de la matemática, se estudia música o se sabe arquitectura o sociología? Esto es poseer datos, es tener conocimientos; a quien tiene muchos y calificados conocimientos de una materia específica o de varias materias, se lo llama sabio. Es sabio porque sabe. Sabe música, o arquitectura, o psicología. Es sabio, pero no es filósofo. El sabio está hecho y consumado, está edificado, de una vez para siempre; el sabio sabe que sabe, y sabe lo que sabe; el gran sociólogo sabe que tiene muchos y bien integrados conocimientos sociológicos, y además sabe los límites de sus conocimientos y lo que todavía le queda por aprender. El sabio es el dueño del saber, su poseedor.

En vez, el filósofo no sabe conocimientos. No puede sentarse a una mesa y explicar cómo es el ser y qué es la verdad, como el químico explica una fórmula o el psicólogo un trauma. El filósofo no

está construido y edificado, él sólo es el movimiento hacia el saber, es la dirección tendida hacia el saber, pero no es todavía este saber. El filósofo sabe que todo lo que puede saber es ese estar en movimiento y en búsqueda, sabe que todo su amor (toda su aspiración) consiste en la aprehensión de lo esencial. El filósofo, como Sócrates, sólo sabe que no sabe nada, ya que saber es conocimiento. No saber nada y saber esto, es querer saberlo todo. Saber todo no es saber mucho, sino saber bien. Saber bien es saber lo esencial es aquello en que consiste el que es (y no el cómo es) de las cosas, de las ciencias, de la realidad, de nosotros mismos. Lo esencial es la esencia. Los objetos específicos de la química están en el laboratorio del químico, los objetos característicos de la psicología están en el gabinete del psicólogo; pero, ¿dónde está la esencia, que es el objeto característico de la filosofía, según parece?

La esencia no está adentro de la filosofía, porque —ya vimos antes— no hay adentro como recinto. La esencia de la filosofía, es decir, los objetos peculiares que integran el universo de discurso de la filosofía, están afuera. Afuera, en la existencia. El filósofo está siempre con los otros y sólo cuando está con los otros él es filósofo. Es un hombre común. Común significa obvio, natural de suyo, no puesto en duda, admitido; lo común es lo de todos, es la comun-idad. Lo común es lo naturalmente vivido por todos y por cada uno en su misma inmediatez, lo que nadie cuestiona: sólo a los niños, a los locos y a los filósofos se les ocurre poner en duda las cosas obvias, lo común. ¿Por qué hay estrellas? ¿Y cómo son las estrellas? Pero, "en serio", ¿qué son las estrellas?

Cuestionan, ponen en duda mediante la pregunta. La pregunta es la forma original —es decir, primitiva— de la filosofía. El filósofo que efectúa la pregunta de la filosofía se separa de lo común, porque la pregunta rompe bruscamente su adhesión inmediata y vital a la realidad y al mundo, y pone en duda esta comun-idad. ¿A qué se refieren las preguntas del filósofo?: a su propia existencia y a la de los otros, a la verdad, la historia, la vida, el mundo. Pero todo esto es, justamente lo común: nada más común ni

gir. Los desacuerdos, los argumentos y las luchas enconadas son inevitables y, de hecho, indispensables para cerciorarse de la naturaleza y los medios de realización, de las condiciones necesarias para la salud, el desarrollo y la felicidad de los hombres. Pero la adhesión al humanismo, la insistencia en el principio de que la búsqueda del progreso humano no requiere que justificación científica lógica alguna, constituye lo que podríamos llamar el fundamento axiomático de todo esfuerzo intelectual significativo, un fundamento axiomático sin cuya aceptación un individuo no puede considerarse a sí mismo o ser llamado un intelectual.

Aunque los escritos de C. P. Snow no dejan duda alguna de que él aceptaría sin reserva este punto de partida, parecería que él cree que el compromiso del intelectual es esencialmente reducible a la obligación de decir la verdad. (Vale la pena observar aquí que tampoco existe una base evidente y lógica para la proposición de que la verdad ha de preferirse a las mentiras.) En realidad, la razón principal de su comedi-

sional, el ostracismo social y la intimidación.

El deseo de decir la verdad es por lo tanto, solamente una condición del ser intelectual. La otra es el coraje, la disposición de llevar a cabo la investigación racional a donde nos lleve, acometer una "crítica despiadada de todo lo existente, despiadada en el sentido que la crítica no se acoquinará ante sus propias conclusiones o ante los conflictos con los poderes existentes" (Marx). El intelectual es así en esencia un crítico social, una persona cuya preocupación es identificar, analizar, y de esta manera ayudar a vencer los obstáculos que impiden la realización de un orden social más humano y racional. Como tal él se convierte en la conciencia de la sociedad y el vocero de esas fuerzas progresistas que ella contiene en cualquier período de la historia. Y como tal él es inevitablemente considerado como un "agitador" y un "estorbo" por la clase gobernante que trata de mantener el status quo, así como para los trabajadores intelectuales en su servicio quienes acusan al intelectual.

alguna de que él aceptaría sin reserva este punto de partida, parecería que él cree que el compromiso del intelectual es esencialmente reducible a la obligación de decir la verdad. (Vale la pena observar aquí que tampoco existe un base evidente y lógica para la proposición de que la verdad ha de preferirse a las mentiras!) En realidad, la razón principal de su admiración por los científicos es la devoción de éstos a la verdad. Los científicos dicen "quiero descubrir lo que hay allí. Sin ese deseo, no existe la ciencia. Es la fuerza motriz de toda la actividad. Impulsa al científico a tener un respeto poderoso por la verdad, en todo el camino. Es decir, si vas a descubrir lo que hay allí, no debes engañarte a ti mismo ni a los otros. No debes mentirte a ti mismo. En el nivel más imperfecto, no debes falsificar tus experimentos". Mas sin embargo, mientras esta advertencia contribuye mucho a formular el compromiso básico, no logra ocuparse de todo el problema. Pues el problema no radica puramente en si se está diciendo la verdad, sino en qué constituye esta verdad en cualquier caso determinado en cuanto a qué se dice y en cuanto a qué está ocultando. Aun en el área de las ciencias naturales éstas son cuestiones importantes y existen fuerzas poderosas en marcha que están impulsando las energías y las habilidades de los científicos en ciertas direcciones e impidiendo o estirilizándolo los resultados de su trabajo en otras. Cuando se trata de cuestiones relacionadas con la estructura y la dinámica de la sociedad, el problema adquiere un significado central. Una declaración verdadera sobre un hecho social puede y (casi seguro) se volverá una mentira si el hecho referido es arrancado del conjunto social del que forma parte integral, si el hecho es aislado del proceso histórico en el que está encajado. De manera que lo que constituye una verdad en este dominio es frecuentemente (y puede ser con seguridad) buscada y dicha sobre cosas sin importancia, siendo la insistencia en la búsqueda y pronunciamiento de este tipo de verdad algo que se convierte en un arma ideológica poderosa en manos de los defensores del status quo. Por otra parte, decir la verdad sobre lo fundamental, indagar la verdad en relación a la totalidad y revelar las causas e interrelaciones sociales e históricas de las diferentes partes de la totalidad es denunciado como algo anti-científico y especulativo y penado con la discriminación profe-

ciente en la conciencia de la sociedad y el vocero de esas fuerzas progresistas que ella contiene en cualquier período de la historia. Y como tal él es inevitablemente considerado como un "agitador" y un "estorbo" por la clase gobernante que trata de mantener el status quo, así como para los trabajadores intelectuales en su servicio quienes acusan al intelectual de ser un ser utópico o metafísico en el mejor sentido, subversivo o se-
~~loso, en la historia.~~

Cuanto más reaccionaria es la clase gobernante, más evidente se hace que el orden social sobre el que reina se ha convertido en un impedimento a la liberación humana, en mayor medida su ideología es tomada por el anti-intelectualismo, el irracionalismo y la superstición. Y por la misma razón, más difícil resulta para el intelectual aguantar las presiones sociales a que se le somete, evitar rendirse a la ideología reinante y al conformismo cómodo y lucrativo del trabajador intelectual. Bajo tales condiciones, se convierte en asunto de importancia suprema y gran urgencia insistir sobre la función y subrayar el compromiso del intelectual. Bajo estas condiciones es su destino, tanto como una responsabilidad que como un privilegio, salvar de la desaparición la tradición de humanismo, de razón y progreso que constituye nuestra más valiosa herencia de toda la historia de la humanidad.

Puede decirse que estoy identificando el ser un intelectual con el heroísmo, que es irrazonable exigirle a la gente que aguanten todas las presiones de los intereses creados y que afronten todos los peligros a su bienestar personal en aras del progreso humano. Estoy de acuerdo en que sería irrazonable exigirlo. Ni tampoco lo hago. Por la historia conocemos a muchos individuos que han sido capaces, aún en edades más oscuras y bajo condiciones más difíciles, de trascender sus intereses privados y egoístas, subordinándolos a los intereses de la sociedad en conjunto. Siempre requirió mucho valor, integridad y habilidad. Todo lo que podemos esperar ahora es que nuestro país producirá también su "cuota" de hombres y mujeres que defenderán el honor del intelectual contra la furia de los intereses dominantes y contra todas las embestidas del agnosticismo, oscurantismo e inhumanidad.

(Discurso pronunciado ante la American Association for the Advancement of Science, New York, diciembre 27 de 1960).

la pregunta rompe bruscamente su adhesión inmediata y vital a la realidad y al mundo, y pone en duda esta comunidad. ¿A qué se refieren las preguntas del filósofo?: a su propia existencia y a la de los otros, a la verdad, la historia, la vida, el mundo. Pero todo esto es, justamente lo común: nada más común ni más obvio que yo esté vivo mientras escribo estas palabras. ¿A qué se refieren estas preguntas? que haya una verdad de algún tipo en esta relación que se establece a través de las palabras; nada más natural que 1962 sea un momento de la historia argentina y que toda la historia esté de alguna manera conjugada y realizada en nuestra relación. Todo esto, pues, es común. El filósofo es un hombre común —es decir, un hombre, simplemente—, que parte de lo común mediante la pregunta a fin de, colocándose a distancia de lo común en una actitud que se suele llamar contemplativa, poder describir todo lo común vivido por él y por los otros en la historia y en el mundo y hacia la verdad. El filósofo parte de lo común y vuelve a lo común. Como dice Sartre, su marcha es progresiva-regresiva. Y cuando el filósofo ha cumplido todo ese movimiento y ha vuelto a lo común de donde partió, se siente contento y feliz como el hijo pródigo: está orgulloso de ser común. El filósofo es un hombre común, pero muy común.

Lo común también puede denominarse experiencia vivida. Decimos que el filósofo, 1º. parte de la experiencia vivida a través de la pregunta que interroga por el qué de las cosas, 2º. se mantiene a distancia de la experiencia vivida para consagrarse al qué (de las cosas) separado y abstractizado de las cosas mismas, y luego, 3º. vuelve a la experiencia vivida, a fin de restituir la circulación dialéctica entre el qué (la esencia de la cosa) y la cosa misma. El filósofo, en tanto hombre común, existe el nivel de la experiencia vivida: las cosas se le dan conjuntamente con sus respectivas esencias, el lápiz y el ser del lápiz son uno y lo mismo. En tanto filósofo estricto —la filosofía como técnica específica—, el filósofo destruye la unidad entre hecho y esencia del hecho, que se daban en la experiencia vivida, y se instala en esa tierra de nadie que, dejando de lado los hechos, intenta describir —o sea, mostrar, poner a la vista, exhibir— la esencia del hecho. La esencia de un hecho es el ser de ese hecho; este hecho, desde luego, puede ser físico, ideal, material, psíquico, etc.; todo

hecho tiene una esencia, o sea todo hecho es lo que es (un hecho), y se lo puede entender acentuando el hecho como factum, como cosa, como presencia, y entonces hacemos ciencia; o bien se lo puede entender acentuando el hecho en su carácter de ser un hecho, y no ya como cosa, como empiria; y entonces hacemos filosofía. Esta segunda posibilidad es la que utiliza el filósofo cuando, apartado de la experiencia vivida a través y por la pregunta que interroga por esta misma experiencia vivida, se aplica a la descripción del ser de la experiencia vivida que es experiencia vivida. El tercer paso consiste en la vuelta del filósofo, el regreso del hijo pródigo que restituye la circulación dialéctica, naturalmente dada en la experiencia vivida y que él destruyó para conocerla desde adentro y que ahora restituye como única verificación de que su manera de conocerla es adecuada y correcta. Entre hecho y esencia del hecho hay circulación dialéctica, o sea: el hecho es hecho y tiene una esencia, pero el hecho en la historia, en el aquí y el ahora, cambia y se transforma, y su correspondiente esencia también cambia. Pero, la esencia no cambia porque cambie su hecho, ni el hecho se transforma porque se modifique su esencia: entre uno y otro no hay relación de causa a efecto, sino de causa a efecto que reacciona sobre la causa, convirtiéndola en efecto de nuevo tipo, que a su vez reacciona produciendo ciertos diferentes efectos que así sucesivamente. Esto quiere decir, que no hay antelación genética del hecho sobre su esencia, ni de la esencia sobre su hecho; ninguno es anterior al otro. Son paralelos, entrecruzados, íntimamente trabados y adheridos, yuxtapuestos y soldados en un compacto que el filósofo separa por su pregunta, es decir, mediante el bisturí que corta los tejidos para mostrar — poner a la vista — su mecanismo íntimo.

Y es por esto que el filósofo sólo sabe que no sabe nada si la esencia marcha en pos de su hecho y el hecho anhela su esencia, si una y otro se buscan, están juntos y se persiguen a través de la historia y en el mundo, el único saber que puede tener el filósofo es la evidencia de cómo se cumple esta marcha. Porque en esta marcha lo compacto ya está estado: es la experiencia vivida, y en la experiencia vivida, como hemos visto, caben y están presentes todas los conocimientos, toda la verdad, toda la historia. Todo está presente en la experiencia vivida y su presencia puede ser presencia por la presencia (porque está, aquí y ahora), o puede ser presencia por la ausencia (porque no está, aquí y ahora).

cosas presupone e implica la pregunta (filosófica) por el que (el ser) de las cosas.

Todo lo dicho supone que la contemplación del filósofo es su técnica y su estrategia específica, la forma más alta de su descripción de la esencia del hecho. Pero si efectivamente él es filósofo cuando está con los demás y entre los demás, si efectivamente la actitud del filósofo es no contentarse con ser un hombre común y pretender ser cada vez más y más común (o sea, más y más original, más y más vuelto a los orígenes), entonces el filósofo está en la historia y es en la historia, con el odio y el amor de los otros y el suyo propio, con la ideología de los otros, y aquella de la que él participa, con su moral y la de los otros, con su existencia y la de los otros. Y todo esto no es lo que perturba su filosofar, sino, justo al revés lo único que le da sentido, lo único que lo autoriza justifica en su impertinencia de mostrar a los hombres comunes el orgullo que consiste en querer serlo cada vez más. Ya filosofía está en la existencia, es en la experiencia vivida. La actitud del filósofo es la actitud del que sabe que está en marcha, y que el sentido de la marcha está en la marcha misma; es decir en los hombres, en la historia. No hay un mundo filosófico al margen y por encima del mundo de la experiencia vivida; el mundo filosófico es el mundo de la experiencia vivida, destruido y restituido en su circulación dialéctica. Sócrates, que sabía que no sabía nada, fue condenado a muerte por pretender enseñar falsos dioses a los ciudadanos. Falsos dioses, es decir, dioses con circulación dialéctica, dioses en la historia, dioses verdaderos.

(1) Suponer lo contrario es, en filosofía técnica, ser realista en el primer caso, y ser idealista, en el segundo caso.

SAÚL KARSZ

Del libro en preparación **INTRODUCCION A LA FILOSOFIA**, que aparecerá el año próximo.

Saúl Karsz: Tiene 25 años de edad, nació en Buenos Aires y se recibió en la Carrera de Filosofía en agosto del año pasado. Fue, durante el período pasado Presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.

De su actividad en filosofía querríamos destacar dos aspectos que creemos lo ubicarán ante los lectores.

En filosofía está integrado en la corriente del nuevo pensamiento de Filosofía Argentina pensamien-

Crítica Bibliográfica

HAUSER, ARNOLD: *Introducción a la Historia del Arte*; trad. del alemán (Philosophie der Kunstgeschichte) por Felipe González Vicén, Madrid, Guadarrama, 1961. Colecc. Crítica y Ensayo, Nº 33, 543 pgs.

A. Hauser, ya conocido por los lectores de habla hispana, interesados en los problemas teóricos de la interpretación y crítica artística, por la traducción de A. Tovar de la "Historia Social de la Literatura y el Arte" (3 tomos, 2ª ed., Madrid, Guadarrama, 1961), se propone en este denso y meduloso trabajo fundamenta los principios que le sirvieron de hipótesis de trabajo para la elaboración de aquella obra.

Los libros de Hauser, no muy difundidos en nuestra Facultad debido a la tendencia filosófica fenomenológica que sustenta la cátedra de Estética (apoyada fundamentalmente en el irracionalismo de Heidegger), se han implantado como textos obligatorios en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Esta ignorancia y esta preferencia podría interpretarse de dos maneras: o las denominadas artes aplicadas están más obligadas a analizar el contexto social en que se incrustan (Le Corbusier, etc.) por específicas razones de orden económico, o las llamadas "bellas artes" (?) están auténticamente en crisis de "extrañamiento" con respecto a la realidad que las circunda, como opinan casi todos los críticos, tanto de derecha como de izquierda.

leste todos los conocimientos, toda la verdad, toda la historia. Todo está presente en la experiencia vivida y su presencia puede ser presencia por la presencia (porque está, aquí y ahora), o puede ser presencia por la ausencia (porque no está, aquí y ahora).

Y justamente eso, lo que no está y lo que se necesita. Nada hay fuera de la experiencia vivida, como nada hay fuera del universo que hay.

Todo el saber del filósofo es esta misma adhesión amorosa —es decir, abierta— a la circulación dialéctica del hecho y de su esencia, de la esencia y de su hecho en la experiencia vivida. Sus más genuinas invenciones consisten en descubrir lo ya presente pero todavía no sabido en la experiencia vivida, y descubrirlo mediante la pregunta original que interroga por el qué; los sistemas filosóficos son otras tantas sistematizaciones de esta fundamental motivación del filosofar.

El filósofo no puede saber (no puede poseer conocimientos), porque procura engarzarse en esta misma circulación dialéctica, ser él mismo la voz de la dialéctica diciéndose a sí misma qué es lo que ella es. El filósofo, que es el amante de la sabiduría, la posee bajo el modo del poder y de la pérdida, la tiene y se le zafa, se le zafa porque la tiene y la puede tener porque se le ha zafado y escurrido. La sabiduría es la amante del filósofo, porque el filósofo quisiera ser la sabiduría amándose a sí misma.

En consecuencia, la actitud del filósofo es una, pero tiene dos dimensiones peculiares. Su actitud única consiste en que procura identificarse con la circulación dialéctica, procura ser la experiencia vivida siendo vida e inmediatez y siendo contemplación y conocimiento o conciencia de la inmediatez. Y tiene dos dimensiones: una, separarse de la experiencia vivida e instalarse por un momento en el nivel del ser, y otra, restituir el ser al hecho, del mismo modo que el científico restituye el hecho al ser cuando vuelve a la experiencia vivida tras el distanciamiento cobrado en su gabinete o laboratorio. Ciencia y filosofía no se oponen, sino que se necesitan a la manera como el número, la figura y el teorema necesitan de las matemáticas, a la manera como toda pregunta (científica) por el como de las

De su actividad en filosofía querríamos destacar dos aspectos que creemos lo ubicarán ante los lectores.

En filosofía está integrado en la corriente del nuevo pensamiento de Filosofía Argentina, pensamiento que se centra en la problemática socio-histórica de nuestra época.

Otro aspecto de su actividad es el trabajo que está realizando en la nueva disciplina "Sociología del conocimiento", sobre el que presentará su tesis.

En la sección de Noticias Culturales informamos sobre el ciclo de conferencias que realizará próximamente.

La Redacción

camente en crisis de "extrañamiento" con respecto a la realidad que las circunda, como opinan casi todos los críticos, tanto de derecha como de izquierda.

Häuser es, posiblemente, el alumno más aventajado de A. Weber, y su posición no es la de un crítico de arte que se pone a escribir sociología porque está de moda (Ortega y Gasset, Marias, Caillois, etc.), sino la de un so-

(Sigue en pág. 9)

POEMAS RADIOACTIVOS POESIA DE LA PLATA GRUPO LOS ELEFANTES



En venta en CEFYL

* CORREO DE C. E. F. Y. L.